

Michael Innes

¡PAREN LAS MÁQUINAS!

Traducción del inglés de  
Miguel Ros González

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca Clásicos Policiacos

# Índice

<b>Prólogo</b>	9
PRIMERA PARTE	
<b>La Residencia Rust</b>	17
SEGUNDA PARTE	
<b>Asesinato a medianoche</b>	175
TERCERA PARTE	
<b>Abadía Shoon</b>	281
CUARTA PARTE	
<b>Una muerte en el desierto</b>	347
<b>Epílogo</b>	391

## Prólogo

La carrera de la Araña empezó como la de un criminal tradicional. Como la de un criminal casi tradicional, mejor dicho, pues podría alegarse que, desde el primer momento, la magnitud de sus operaciones lo sacó un poco de la rutina. Apenas hacía trabajos manuales en persona, y nunca se le veía merodear por los antros que solían frecuentar los de su calaña: tabernas, cuevas de ladrones y casas de empeños sombrías. Vivía, como viviría un rentista de moral intachable cualquiera, en una casa rural bastante grande, y tenía a su servicio un mayordomo, dos criados y un secretario, si bien es cierto que este último estaba ciego, rasgo insólito y un tanto siniestro para tratarse de un secretario: el golpeteo de su bastón mientras cumplía los encargos confidenciales de su jefe era uno de los elementos más impactantes de la decoración de la Araña. Los criados, sin embargo, eran del todo normales, e ignoraban por completo la auténtica profesión de su señor. Desde una biblioteca repleta de libros antiguos, la Araña controlaba una organización perversa, de una complejidad extraordinaria. De ahí, en teoría, que lo llamasen la Araña. Citaba con orgullo al poeta Pope, cuya enmarañada bibliografía dominaba en profundidad, y con un tono que helaba la sangre recordaba a los tenientes rebeldes que su mano, infinitamente sutil, sentía todos los hilos y estaba al tanto de todo. Tenía un transmisor inalámbrico personal escondido en un mueble bar.

A mitad de su carrera, más o menos, la Araña experimentó un cambio de carácter. Si hasta entonces había sido metódico y casi escrupulosamente diabólico, comenzó a hacer gala de una caballerosidad intermitente. En más de una ocasión, se supo que había liberado a una joven hermosa de las garras de un cómplice brutal

para entregarla, indemne, a un oponente —opponente que, a pesar de ser un cabeza hueca, tenía una actitud cortés, y era demasiado caballeroso como para solicitar la vulgar ayuda de la policía para enfrentarse a la organización de la Araña—. También por esa época la Araña desarrolló una filosofía de la propiedad. Se comparaba ora con Robin Hood, ora con los reyes del petróleo y del acero estadounidenses. Robaba a los ricos para entregárselo a personas y causas que un auténtico hombre sabio y bondadoso habría apoyado. Así pasaron varios años.

Luego se produjo un cambio ulterior, al parecer consecuencia de un período confuso de guerra entre bandas, en el que la Araña adquirió una ametralladora y un carro armado. Resultaron ser inversiones infructuosas —Inglaterra era demasiado pequeña para ellas—, y por un tiempo pareció que la Araña había perdido el rumbo. Ese jaque aceleró la crisis y, aunque no existen crónicas, sin duda el conflicto fue intenso. La Araña reapareció con unos principios morales del todo ortodoxos: su pasión por perpetrar el crimen se convirtió en pasión por descubrirlo; de su antiguo estilo de vida solo quedaba el ventajoso conocimiento de los entresijos de la mente de sus nuevas presas. Ahora los ricos acudían sin ningún temor a él, que resolvía sus confusiones más estrambóticas de manera infalible. Quienes no lo conocían desde hacía mucho se preguntaban a cuento de qué lo llamaban la Araña, y un par de personas que habían leído a Swift pensaron que más valdría haberlo apodado la Abeja: ahora estaba del lado de la dulzura y la luz sin fisuras.

Empezó a criar abejas, se versó en el arte de la música y se convirtió en un clarinetista consumado; además, se produjeron otros cambios en su vida doméstica: su casa, aunque seguía estando en el campo, era más pequeña. Los libros estaban aún más a la vista, y a Pope se habían sumado Shakespeare, Wordsworth, san Juan de la Cruz, Hegel, Emerson y Donne. La Araña era ahora extraordinariamente culto; a veces era culto por encima de todo. El transmisor inalámbrico había desaparecido. La Araña lo sustituyó por un amigo del alma, un ingeniero retirado que lo acompañaba por doquier y anotaba cuanto decía, sin la inconveniencia de tener que comprender un ápice del porqué lo estaba diciendo. Sin embargo, aunque no era inteligente, el ingeniero también era culto. No había pista lo bastante fresca para impedir que él y la Araña hicieran un parón y compartiesen unos versos. La poesía en sí era exquisita, y servía para dar un toque de distinción a la Araña en una profesión que se estaba masificando peligrosamente.

El señor Richard Eliot, creador de la Araña, no lo había hecho a propósito. Al menos no hasta el punto en que acabó haciéndolo. La primera historia de la Araña, explicaba con ese tono erudito y alusivo cada vez más propio de él, llegó al mundo con la misma excusa que el bebé de *El guardiamarina Easy*: era muy pequeña. Y, por curioso que parezca, era fruto de una exigencia innecesaria.

Unos veinte años antes del comienzo de esta crónica, el señor Eliot heredó una casa rural bastante grande, y allí vivía como viviría un rentista de moral intachable cualquiera, supervisando operaciones agrícolas poco rentables, con actitud *amateur* pero competente. En ocasiones se pasaba por la ciudad para ir a la ópera, las exposiciones de la Royal Academy, las reuniones con su corredor de bolsa y al partido de críquet entre Eton y Harrow. Y fue el partido de 1919 lo que resultó crucial en su historia.

El encuentro se celebró tres días después de que naciese el segundo hijo del señor Eliot, que por primera vez entraba a su club de St. James como padre de un niño. Allí encontró a varios de sus coetáneos, que ya eran padres de alumnos de Eton y de Harrow —pues el señor Eliot se había casado un poco tarde—, y tuvo claro de inmediato que Timothy debía ir a Eton. La decisión era, como ya se ha apuntado, de una exigencia innecesaria, pues un caballero también puede educarse en colegios menos caros. No obstante, cualquier inglés comprenderá el proceso mental del señor Eliot.

Así las cosas, el señor Eliot inscribió al pequeño Timothy en Eton y volvió a casa para calcular el coste, que prometía ser considerable. Además, cabía la posibilidad de tener más hijos, y no le parecía justo mandar a Timothy a Eton y a sus hermanos más pequeños a peores colegios. Fue entonces cuando el señor Eliot recordó que tenía dotes de hombre de letras. Años atrás, durante su breve servicio en el Ejército indio, publicó un par de textos en una revista del regimiento. A sus amigos les gustaron, y lo animaron a enviar un relato breve, repleto de coloridas escenas locales y de las reacciones idóneas ante los peligros físicos, a un editor de Londres. La historia se publicó; otras la sucedieron, y por un tiempo el nombre del señor Eliot solía aparecer en esas revistas sin absolutamente ninguna ilustración que yacen en los clubes, para diversión de los ancianos. Sin embargo, cuando se retiró a la campaña inglesa abandonó esa costumbre de la escritura. Ya no estaba en contacto con los tigres y faquires sobre los que escribía, y descubrió que recordaba sorprendentemente poco de ellos. Además, se estaba volviendo demasiado intelectual como para disfrutar con la escritura; sentía debilidad por Shakespeare, Wordsworth y otros autores sobre los que hay muy poco más que

añadir. Se convirtió en toda una autoridad sobre su poeta favorito, Pope, y a veces osaba preguntarse si habría material para una monografía, humildemente erudita, titulada «El uso de los términos *naturaleza, razón y sentido común* en Pope: un estudio sobre la denotación y la connotación». Durante años, sobre el escritorio del señor Eliot yacieron varias hojas con apuntes en sucio para este opúsculo y una página con el título escrito con una caligrafía esmerada.

Que el señor Eliot, en esas circunstancias y con esas inclinaciones, inventase a la Araña para pagar la educación de su hijo es algo que probablemente incluso él mismo acabaría viendo con una buena dosis de perplejidad. Se debió, en parte, a ese cambio de mentalidad realista que lo convirtió en un caballero rural medianamente capacitado. Se necesitaba cierta cantidad de dinero y la literatura podía ofrecérsela, con lo que el señor Eliot se sentó a leer *Autobiografía*, de Anthony Trollope, ese manual de economía del escritor. Luego reflexionó sobre el número de personas que leían revistas viejas en clubes tranquilos y lo comparó con el número de personas que tienen que leer lo que se lee con facilidad en metros y autobuses ruidosos. De dichas reflexiones nació la Araña.

Sin embargo, eso no era todo. Si la Araña hubiese sido un mero recurso económico, el señor Eliot, que no era una persona venal, jamás lo habría invocado desde la noche de su pasado. La verdad es que el señor Eliot sumó a su realismo una imaginación febril, y a su cultura literaria madura, pero bastante inútil, un gusto juvenil por las aventuras románticas imaginarias. Al concebir las andanzas harto improbables de la Araña, estaba tejiendo su propia alfombra mágica. Al principio, nadie disfrutaba de esas aventuras tanto como su inventor. Su imaginación era como una cámara frigorífica, de donde sus fantasías infantiles salían con una frescura convincente; y fue esa cualidad, no cabe duda, lo que granjeó a las historias un éxito instantáneo y casi bochornoso. Al principio, la erudición del señor Eliot tampoco fue una desventaja; antes bien, le ofrecía un control crítico muy útil sobre la alfombra mágica, de suerte que sus artilugios volaban más rectos y fluidos que la mayoría. Y le ofreció desde el primer momento una buena dosis de habilidad. Había reflexionado sobre *Los viajes de Gulliver* y sabía que la mejor manera de colar un episodio improbable era enfrentarlo a otra improbabilidad. Sabía que la literatura se divide de manera natural en «géneros», que el escritor mezcla por su cuenta y riesgo. Las primeras historias de la Araña se circunscribían a las de su «género».

Y tuvieron mucho éxito. El momento fatídico llegó cuando el señor Eliot debió haber parado, pero no lo hizo. Luego no hubo

marcha atrás. Una finca colindante salió a la venta y la compró. Se comía el dinero, al igual que varios familiares indigentes, entre ellos un par de primos de mala fama a los que las buenas noticias trajeron en un santiamén desde las colonias. Muy pronto, las continuas andanzas de la Araña acabaron sustentando a una veintena de vidas de lo más remotas. Había una anciana que escenificaba y un joven que hacía las películas; un agente estadounidense que se las había apañado para casarse con la sobrina del señor Eliot; un puñado de trabajadores de las editoriales que publicaban al señor Eliot y dirigían el Spider Club, absurdo y exitoso hasta la irritación; había un judío gracioso que se hacía llamar Helmuth Nosequé y hacía traducciones al alemán, y también el mismo judío haciéndose llamar André Nosecuánto y traduciendo al francés. Durante un tiempo incluso hubo dos mujeres jóvenes de Chelsea que propusieron dibujar a la Araña, junto a Sherlock Holmes y otros conocidos personajes por el estilo, en las vajillas de diseño para los hogares modernos; pero el señor Eliot se rebeló y, volviendo a comprar esos «derechos» concretos por una cantidad desorbitada, cortó de raíz esa industria en ciernes.

Luego, durante años, la Araña siguió contribuyendo a la alegría de las naciones<sup>1</sup>. Pero el señor Eliot, al que habían educado para pensar que la vida debía ser seria además de jovial y sobria además de fantástica, estaba cada vez más incómodo con la creciente demanda de energía que la Araña le exigía. Pasaba meses y meses viéndose obligado a sumergirse por completo entre situaciones descabelladas y absurdidades de tal calibre que un hombre equilibrado solo las toleraría en alguna que otra tarde de manta y chimenea. Aquello era como pasar varios días seguidos en un cine, o vivir a través de una sucesión ininterrumpida de obras de teatro. Y cada vez que proponía salir o despertarse, sabía que la anciana que escenificaba sus libros y el resto de criados que la Araña había reunido a su alrededor temían por su pan; o al menos por su postre. Al señor Eliot, con un corazón de oro, le gustaba pensar que así había postre para todos, y en cierto sentido lo ayudaba a sobrellevar la decepción de Timothy. Porque al final Timothy no había ido a Eton. Su precoz interés por la teoría educativa, acompañado de una fuerza de voluntad igual de precoz, lo habían llevado a una modesta escuela mixta que su padre se podría haber permitido sin escribir ni una sola palabra. Así las cosas, el señor Eliot tenía

<sup>1</sup> Referencia alterada a una frase de Samuel Johnson, escrita en homenaje tras la muerte de su amigo David Garrick. (*Todas las notas son del traductor.*)

que contentarse con la idea de que sus actividades ofrecían una prosperidad inesperada a una serie de personas que podían merecérselo o no. Sin embargo, se conoce que acabó sintiéndose harto incómodo con su creación.

El carácter profundamente cambiante de la Araña estaba motivado, qué duda cabe, por dicha incomodidad. Llegaba un momento en que el señor Eliot ya no podía contemplar a la Araña tal y como era, y por ende debía producirse un cambio. Cada uno de esos cambios, que sumían a los editores del señor Eliot en una profunda agonía, siempre tenían, por una curiosa fatalidad, un éxito abrumador. Los amables reseñistas hablaban de una complejidad revelada de manera progresiva, del sutil proceso de madurez de la Araña, y cuando por fin acabó de pasarse al bando de la ley y del orden, su conversión mereció los comentarios aprobatorios de más de un púlpito distinguido. Por un tiempo, mientras la intrépida Araña perseguía a los malhechores por todo el mundo, el propio señor Eliot tuvo la sensación ilusoria de ser el secuaz de una especie de policía cósmica.

Los novelistas suelen dejar constancia de la forma casi sorprendente en que su vida cotidiana acaba influyendo en sus creaciones. Se dice que los personajes de la imaginación de un escritor se apiñan a su alrededor, y en ocasiones incluso imponen su personalidad ficticia a la personalidad real de su creador. Así las cosas, cabría suponer que cuando un escritor escoge como compañero de vida y experiencias a un solo personaje, protagonista de una serie de aventuras que solo pueden concluir con su muerte, el escritor podría quedar atrapado por esa única creación dominadora de manera extraordinaria. Quizá eso fue lo que le ocurrió al señor Eliot. Lo que está claro es que, en la fase final de la Araña, este y el señor Eliot se mezclaron un poquito. Se publicó una novela desconcertante en que la costumbre de la Araña de escribir historias sobre tigres y faquires —desconocida hasta la fecha para sus admiradores— le salía muy rentable. Y en las chanzas entre la Araña y su amigo ingeniero no solo hubo un aumento de alusiones literarias, sino de elementos realistas y nada románticos sobre los conflictos de los terratenientes ingleses y el estado de la sociedad rural del país. Ante esta arriesgada tendencia, más de una parte implicada contrató costosas y complejas pólizas de seguro.

De hecho, el señor Eliot y sus intereses parecían adentrarse cada vez más en el mundo de la Araña. ¿Estaba la Araña, especulaban los curiosos, adentrándose a su vez en el mundo del señor Eliot? Nadie sabía la opinión del susodicho. Lo más probable es que no



le afectase nada, pues cabe señalar que ninguno de sus conocidos lo tenía por un hombre desequilibrado y nervioso. Sin embargo, al observar que ya no aparecía por la Royal Academy y ni siquiera acudía al partido entre Eton y Harrow, sus conocidos sospecharon que no debía de estar del todo bien; algunos llegaron a pensar que había desarrollado por la tediosa Araña algo que debía parecerse bastante al odio compulsivo moderado.

Así estaban las cosas cuando todo sucedió.

PRIMERA PARTE  
**La Residencia Rust**

## 1

Corría una tarde de noviembre en Oxford, con el aire estancado, áspero y traicioneramente frío. Los vapores, fantasmas apáticos y apenas visibles, hacían de cuando en cuando trucos acústicos sobre la ciudad, como los técnicos aburridos que van de un panel de sonido a otro en un estudio radiofónico. Un trocito de piedra carcomida, cediendo bajo la última gota infinitesimal de ácido condensado, cayó al suelo y resonó de manera desconcertante. Las mazas de los albañiles, que reconstruían zonas al azar tras siglos de suave decadencia, golpeteaban como máquinas de escribir diminutas sumidas en un silencio envolvente. El cielo, una lámina de plomo que se oxidaba a toda prisa, se desteñía, pasando de los tonos glaucos a los cenicientos; los bordes de los halos de luz se difuminaban y, a medida que avanzaba el crepúsculo, los estilos gótico y Tudor, paladianos y venecianos, se fundían en una arquitectura onírica. Y los vapores flotantes, se diría que espoleados por la oscuridad, se deslizaban, cada vez más densos, por muros y contrafuertes, como los primeros habitantes del lugar, ataviados con hábito y capucha, volviendo a tomar posesión con la llegada de la noche.

—¡Webster!

El joven que había salido precipitadamente de la portería hizo caso omiso de la llamada. Tenía un cuerpo delgado y atlético, y un atuendo desproporcionado: alrededor del cuello se amontonaban un suéter, una toalla, un *blazer* y una bufanda gruesa; debajo, solo unos zapatos y unos pantalones cortos minúsculos, diseñados con la convicción de que la de estar en cuclillas es la única postura conocida por el hombre. Ese atuendo estilo peonza es propio de los remeros recién salidos del río, y no había en el joven nada insólito

salvo la prisa repentina que lo poseía. Como si se le hubiese aparecido un auténtico fantasma, echó a correr. Ignorando la llamada de otro amigo, atravesó el jardín de césped del *college*—ruta que, de haberlo visto un catedrático con mentalidad tradicional, le habría costado cinco chelines—, se tropezó con la tortuga del *college*, se recompuso, esquivó con gran pericia un carrito con bollos y tostadas de anchoas, se coló por un estrecho pasaje abovedado y subió como una exhalación por una escalera oscura y antigua. Un tipo lúgubre, que el joven al que llamaron Webster siempre había tenido por un trabajador de las cocinas, y que en realidad era el profesor regio de escatología, se apartó educadamente para dejarlo pasar. Salvó los últimos peldaños de un salto, se abalanzó contra una puerta, entró a toda velocidad y se desplomó en una silla de mimbre; una silla diseñada, como sus pantalones cortos, con otra teoría: que el hombre no se sienta, sino que se encorva o se despatarra.

Gerald Winter, el catedrático que tenía asignada esa sala, observó a su jadeante visita, pronunció con una sencilla ironía la palabra «adelante» y se sirvió un *muffin* de un plato que había junto a la chimenea. Luego, rindiéndose al ejercicio de la hospitalidad, dijo:

—¿*Muffin*?

El joven cogió una mitad, y se incorporó abruptamente desde el fondo de la silla para alcanzar una taza y un platito.

—Siento muchísimo —murmuró con el clásico tono de cortesía mientras se servía el té— la brusquedad. —Se puso en pie de un salto en busca de tres terrones de azúcar. Se comió uno y echó a la taza los otros dos, salpicando. Luego volvió a sentarse, y miró con cautela a su anfitrión sin dejar de moverse, nervioso—. Lo siento muchísimo —repitió inútil y vagamente. Era un joven de boca firme y barbilla resuelta.

Winter alargó el brazo para coger el hervidor, disimulando así su mirada escudriñadora al invitado.

—Mi querido Timmy —dijo, pues solo los amigos más íntimos de Timothy Eliot tenían el privilegio de llamarlo Webster; y Winter, que no era más que su tutor, no tenía tanta intimidación—. Mi querido Timmy, no se preocupe. —Empezó a rellenar su pipa, ritual que sugería una tranquilidad compasiva. No sentía ningún apego por el papel de consejero y confidente de los jóvenes; sin embargo, solía ver cómo acababa tocándole hacer esa tarea. Los problemas materiales y espirituales subían por sus escaleras con regularidad, ora con las zancadas más inquietas, ora con las pausas más dubitativas a cada peldaño. El profesor de escatología había llegado a la conclusión de que Winter era una persona siniestramente sociable.

En realidad, era bastante tímido, y más de una vez, cuando oía esos pasos característicos, corría a refugiarse en el tejado. Pero Timothy Eliot lo había pillado, así que tuvo que preguntar:

—¿Qué pasa?

—Es la Araña.

Winter le lanzó una mirada melancólica. Lo único tedioso de Timmy era la sensibilidad crónica por esa invención inofensiva de su padre. Desde su llegada a Oxford, Timmy se había visto obligado a soportar un buen montón de bromas sobre la Araña, pues en los estudiantes suelen despertarse tipos de humor que permanecían latentes desde que dejaron sus colegios privados. Algunos, por ejemplo, se entretenían hablándole a Timmy con expresiones sacadas de lo que llamaban *Diccionario Webster*, es decir, usando, y a ser posible pasando desapercibidos, frases de las conversaciones más pintorescas del héroe del señor Eliot. Y también estaba la creencia solemne de que el propio Timmy era el autor de los libros, forma ingeniosa de evitar la incorrección de mofarse abiertamente del padre de alguien. Las bromas sobre Webster Eliot eran de una intermitencia meticulosa, pues de ser machaconas habrían resultado groseras, pero a veces Timmy, que solía soportarlas con relativo aplomo, se amargaba por culpa de la curiosa industria familiar que las ocasionaba. Así que Winter suspiró y dijo, seco:

—Ah, es eso. —Se sentía incapaz de ayudarlo con la Araña.

Pero Timmy negó con la cabeza.

—No son las bromas de siempre —dijo—. Está pasando algo raro en casa. Es decir, parece que a papá le está pasando algo.

Para Winter, Eliot sénior no era mucho más que un nombre y una reputación peculiar. Así pues, le pareció suficiente mostrar una preocupación de cortesía.

—¿Le está pasando algo? —murmuró.

—Se está yendo al garete.

—¿La Araña se está yendo al garete? ¿Quiere decir que lo va a dejar?

—La Araña no, papá. Quiero decir que parece estar perdiendo poco a poco la cabeza. Se está tomando algo muy a pecho. No sé muy bien qué hacer, es una situación incómoda para la familia, y he pensado que a usted se le podría ocurrir algo. —Y Timmy, con un trozo de *muffin* que había reservado al efecto, empezó a sopar la mantequilla que se había quedado en el plato, con unos movimientos que reflejaban las frases erráticas.

Hubo un breve silencio. Un autobús pasó por High Street y las ventanas de Winter retumbaron, furiosas; del patio interior llegaron

las voces de hombres fornidos que comentaban un entrenamiento de fútbol. Winter se irguió, al sentir que ya no era decente mostrar somnolencia.

—Los hechos —dijo.

—Es muy sencillo: cree que la Araña ha cobrado vida.

—¿Que ha cobrado vida? —A pesar de su experiencia en apuros estudiantiles, Winter no pudo evitar sentirse incómodo.

—Exacto, una situación al estilo Pigmalión y Galatea. La escultura amada se mueve y cobra vida. Solo que papá no adora a la Araña, que digamos.

Winter miró a su discípulo con recelo.

—¿Y se puede saber qué ha pasado exactamente?

—Una broma, que algún auténtico imbécil le está gastando a papá. Y que le ha salido redonda, joder. —Timmy apartó el plato de *muffin* vacío con gesto ingrato—. Se está yendo al garete —repitió; parecía encontrar consuelo en esa frase lapidaria y fatídica.

—No será para tanto. Sea cual sea la broma, supongo que a su padre se le olvidará con el tiempo.

—No se hace una idea. La broma aún sigue.

—¡Ah! —Winter parecía desconcertado.

—Es una larga historia, empezó hace varios meses. Confío en que se haga una idea de cuánta gente puede incordiar a alguien como papá: lo leen cientos de miles de personas, y eso equivale a cientos de plastas moderados. Siempre hay unos cuantos que lo acosan. Le dicen que sus mujeres los intentan envenenar, o que sus tíos los tachan de locos; o que son perseguidos sistemáticamente por el primer ministro, o el arzobispo de Canterbury. En los viejos tiempos, a veces se quejaban de que la Araña los perseguía pistola en mano. Ya se lo imagina.

—Perfectamente. —Los *fellows*<sup>2</sup> de los *colleges* de Oxford, pensó Winter, rara vez sufren esas impertinencias paranoicas, y en caso contrario se preocuparían sobremanera—. Supongo que incluso usted se ha visto un poco acosado.

—Ah, bueno. Lo pasé un poco mal en Secundaria. Me llamaban Elefante Balanceante, que era aún peor que Webster. Desde entonces no me ha preocupado mucho, la verdad. ¿Sabe que en Balliol hay un hombre cuyo padre es el mayor fabricante mundial de...

—Por supuesto, pero, volviendo a su historia...

<sup>2</sup> Miembros del cuerpo docente y de la junta rectora de una universidad, sobre todo en Oxford y Cambridge. Suelen impartir clases.

—Bueno, lo habitual es que esos acosadores se vayan desvaneciendo. Supongo que al no recibir respuesta pasan a acosar a otra persona. He aquí una característica que convierte a este en un acosador singular: la tenacidad. Y hay otra: papá había recibido montones de mensajes y demás sobre la Araña, como si fuera una persona de carne y hueso; sin embargo, nunca había recibido ninguno firmado por la Araña como tal.

—Parece evidente que se trata de una broma, ¿no? No me estará usted diciendo —en el tono de Winter había un punto no desdeñable de preocupación— que su padre se lo ha tomado en serio.

—Este acosador —lo interrumpió Timmy— sabe demasiado. Tiene una especie de lema: «La Araña lo sabe todo». Y al parecer es bastante cierto.

Winter le lanzó una mirada severa.

—Timmy Eliot, no diga sandeces.

—No son sandeces, ahí radica el quid de la cuestión. Este acosador sabe cosas que solo la auténtica Araña podría saber.

—¿La auténtica Araña?

—Dios santo, me refiero a la auténtica Araña: la de los libros.

Winter se agitó en su sillón.

—¿Está seguro de que no es usted el acosador y está intentando tomarme el pelo? —preguntó—. ¿O de que no ha estado leyendo más de la cuenta?

El joven frente a él, enfundado en su atuendo de remo, se despepezó con gesto suntuoso y felino.

—¿Le parezco —preguntó— el discípulo del *Funeral de un gramático*<sup>3</sup>? Le garantizo que hablo muy en serio. Esa persona que finge ser la Araña sabe cosas que solo la auténtica Araña sabría.

—Timmy, está diciendo algo sin sentido. Lo que usted llama la auténtica Araña no es una persona con cerebro e intelecto, sino una serie de caracteres impresos sobre papel. Esa persona no puede saber cosas que solo la Araña sabría.

—Una verdad aplastante. Pero, según papá, sabe cosas que la Araña de los libros pensó en hacer, pero no hizo. En otras palabras, tiene un acceso sobrenatural a la cabeza de papá.

Otro autobús bajó lentamente por High Street y las ventanas volvieron a temblar, como zarandeadas por un demonio iracundo. En la distancia, atenuado por el aire cada vez más espeso, se empezó a oír el tañido grave de una campana.

<sup>3</sup> Referencia al poema *Funeral de un gramático*, de Robert Browning.

—Todo comenzó en las vacaciones de verano —dijo Timmy—. Con la perpetración de una broma muy elaborada. La principal implicada es la señora Birdwire, y primero he de hablarle sobre ella.

—El nombre me suena. Una viajera, ¿verdad?

—Sí, solo que no debería llamarla así; no le gusta. Exploradora. La señora Birdwire, famosa exploradora. Es nuestra vecina más cercana, está a unos tres kilómetros.

Winter arqueó las cejas.

—No sabía que vivían tan aislados.

—No es nuestra vecina local más cercana; es nuestra vecina aristócrata más cercana, mejor dicho. La señora Birdwire es la persona de clase alta, e increíblemente vulgar, por cierto, que vive más cerca de nosotros; y la Araña robó en su casa. Fue todo muy complicado. El caso es que papá y ella nunca se han llevado bien.

—Qué violento.

—Mucho. La Araña entró en casa de la señora Birdwire y robó numerosos trofeos de animales, curiosidades y piezas varias. Luego dejó su famosa firma: una gran araña recortada en terciopelo negro. La dejó en la mismísima bañera de la señora Birdwire.

—¿Siempre hace eso?

Timmy se ruborizó.

—Es bastante repugnante, ¿verdad? Siempre hacía cosas por el estilo. Recuerde que los robos eran cosa de la Araña de hace mucho tiempo; llevaba años metido exclusivamente en cuestiones detectivescas. Tuvo una recaída, por así decirlo, y robó a la señora Birdwire. También la insultó. Debe saber que, en teoría, existe un señor Birdwire, aunque nadie lo ha visto nunca. La señora Birdwire siempre repite que «está atado a la cruel ciudad», y se bromea con que algún día la señora Birdwire quizá organice una exploración en su busca. Pues bien, la Araña hizo un dibujo donde se veía a la señora Birdwire luciendo un fabuloso conjunto tropical y abriéndose paso a machetazos entre una jungla de teléfonos y máquinas de escribir, hasta llegar a un hombrecillo que estaba sentado en su escritorio, besuqueándose con su secretaria. Y debajo decía: «El señor Birdwire, supongo». Como lo oye.

Winter soltó una sonora y poco académica carcajada.

—Vulgar —dijo—, indiscutiblemente vulgar. Pero eficaz también. ¿Dónde estaba el dibujo?

—La señora Birdwire se ha construido una casa con un estilo horrendo, que ella llama «misión española»: paredes completamente blancas y rejas falsas de hierro forjado. La Araña escogió la pared más blanca y grande, e hizo el dibujo con pintura roja y a escala



natural, si no más. Durante varios días fue un lugar de peregrinaje en kilómetros a la redonda.

Winter cerró los ojos unos segundos, como para ver mejor ese manifiesto repugnante.

—Timmy —dijo—, me fascina. Pero permítame decirle que tiene una pésima costumbre lingüística: al referirse continuamente a ese bromista como «la Araña», está fomentando, y cómo, la confusión mental que, según sostiene usted, se ha apoderado de su padre.

—Me parece lo más práctico. De hecho, hasta ahora debería haber hablado de la Araña Uno.

—¿La Araña Uno?

—El ladrón consumado. Verá, en cuanto la Araña Uno robó a la señora Birdwire, la Araña Dos, el superdetective de los últimos años, entró en acción y empezó a aclarar el asunto.

—¡¿Quién diantres hizo qué?!

—La Araña Dos, la Araña Dos de papá, tiene la costumbre de leer artículos de periódico sobre crímenes misteriosos para luego enviar a la policía pistas cruciales que, de lo contrario, los agentes habrían pasado por alto. La Araña Dos de la señora Birdwire hizo exactamente lo mismo. La pintura roja estaba sequísima cuando el jardinero lo descubrió todo a primera hora de la mañana. La Araña escribió a la policía para señalar que la única pintura corriente que se secaba tan rápido era un producto extranjero, y que solo habían empezado a importarla en pequeñas cantidades. Sin duda eso ofreció a la policía una pista que habían obviado: rastrearon la compra de dicho material en un almacén de Londres por parte de un cliente desconocido. El tipo en cuestión había pagado en efectivo y pidió que enviasen el producto a una dirección de las afueras. La entrega se produjo con diligencia en una casa deshabitada, y allí estaba el desconocido para recibirla; al parecer, se hizo pasar por el dueño de una casa vacía al azar, en la que se coló por la parte de atrás. No volvió a haber rastro de él, pero las curiosidades y demás piezas de la señora Birdwire se encontraron, cuidadosamente ordenadas, en el suelo del salón. Si la Araña Dos no hubiera señalado un itinerario detectivesco válido, no sería de extrañar que jamás las hubiesen recuperado. Y es que, en efecto, toda la historia era una enorme broma sin sentido. No le estaré aburriendo sobremanera, ¿verdad?

—Le repito que estoy fascinado. Su historia describe unas situaciones desconcertantes. Sin embargo, permítame recordarle que aún tiene que explicar...

Pero Timmy Eliot se había levantado de un salto.

—Y ahora —dijo—, ¿sería tan amable de venir conmigo?

—¿Ir con usted?

—A pasar el fin de semana en casa, para ver si podemos llegar al fondo del asunto. Confío en que pueda conseguirme un permiso para saltarme las clases de Benton. Además, los catedráticos siempre libran el fin de semana.

Winter se levantó de golpe de su silla, harto perplejo.

—¡Pare el carro, joven! ¿Se puede saber a santo de qué ha venido a verme con tanta prisa y toda esta historia?

—¿Vendrá conmigo?

—¿Y qué permiso pretende conseguir con la declaración fantástica de que ese bromista sabe cosas que el lucrativo personaje de su padre pensó en hacer, pero no hizo?

Timmy esbozó una sonrisa, consciente de la fuerza de su anzuelo.

—Eso es lo más desconcertante, ¿no le parece? ¿Cómo puede un bromista dar la sensación de estar leyendo la mente de un escritor? Se lo vuelvo a preguntar, ¿vendrá conmigo?

No muy lejos de allí, la campana de la capilla inició su repiqueteo frenético e indiferente. Winter miró su agenda y echó mano de la sobrepelliz.

—¡Santo Dios! —se lamentó, desconsolado—. Tengo que leer Números 23 y aún no he mirado las pronunciaciones. —Se giró hacia Timmy—. Usted, a su vestuario. Y si desayuna conmigo a las ocho y media, tomaré una decisión.

Cuando se quedó solo, Winter pasó unos segundos contemplando, dubitativo, la chimenea. En la historia de Timmy Eliot había un elemento lo bastante enigmático como para interesarle; sin embargo, no podía evitar considerarse estúpido por haberle medio prometido que lo investigaría. Bajó las escaleras a toda prisa, sintiéndose cada vez más imprudente. En el patio interior se cruzó con varios colegas, y se consoló pensando que la aventura, en caso de emprenderla, le permitiría pasar un fin de semana lejos de las caras conocidas.

Los acontecimientos revelarían que fue un error de cálculo, pues un buen número de caras conocidas iba a participar en la comedia de los días venideros; algunas estaban en el patio en ese mismo momento. La comedia iba a ser de estilo clásico, basada en un personaje. No obstante, para la imprudencia de Gerald Winter —una imprudencia que se repetiría en menos de una hora— la historia de un famoso escritor de novelas habría sido completamente distinta.

El protocolo de sobremesa en la sala de profesores fue dictado por el doctor Groper. Las mesas pequeña, mediana, grande y adicional fueron idea suya.